

—Así pues, ¿el hombre que nació desgracia do, como vulgarmente se dice, jamas conseguirá que la suerte le sea propicia?

—Jamás.

—¿Y el hombre que nació malvado, no llegará nunca á ser bueno?

—A lo menos no será nunca enteramente bueno.

—Vayamos poco á poco, porque observo que perdeis terreno desde que no considerais la fatalidad como absoluta. Habeis de admitir ó desear de un modo terminante que el hombre puede ser fatalmente bueno ó malvado.

—Lo admitimos pues.

—¿Y por qué, si así es, os aplicais tan cuidadosamente á la educacion de vuestros hijos y á vuestra propia instruccion?

—Porque no conocemos desde luego cuál es la estension de nuestra inteligencia y la de nuestros hijos, y conviene por lo tanto hacerla recorrer toda esa estension, cualquiera que sea.

—Bien respondido. Os haré observar, no obstante, que haceis muy mal en castigar á los perezosos. Acaso la fatalidad quiere que su inteligencia llegue á tener intuitivamente una vasta estension. Pero la desgracia ó la felicidad en las empresas se vé á un solo golpe de vista: ¿por qué, pues, recomendar la perseverancia al hombre que ya ha decaído, ó la prudencia á aquel que ha llegado al término de su mision?

—Porque la fatalidad puede consistir en caer en una parte y tener buen éxito en la otra, á pesar de todo lo que anteriormente haya ocurrido.

—Esta respuesta me satisface todavía mucho menos que la anterior, porque no veo con qué derecho podeis juzgar así á la fatalidad; lo mas aceptables en este punto, es esperar lo que suceda con un abandono y una conformidad completa. Y en verdad, que deseo saber por qué os tomais la libertad de recompensar á los buenos y de castigar á los malos, como aquellos pudiesen ser menos buenos, y como si estos á su vez pudieran ser mejores.

—Es que al fin y al cabo, la fatalidad no es una cosa tan absoluta como os habeis empeñado en considerarla hace poco: la fatalidad solo afecta á ciertas cosas principales; pero no á todos.

—El respeto del honor, de la vida y de la propiedad de nuestros semejantes, se cuentan indudablemente entre las cosas principales. Debemos, pues, admitir como un principio incontestable que un hombre puede ser calumniador, asesino ó ladrón por fatalidad, es decir, inocentemente y sin culpa alguna de su parte, mientras que un charlatan ó un atolondrado son seres culpables y que merecen un severo castigo.

—Seria menester entrar en largas esplicacion para daros una idea completa de nuestro modo de pensar en este punto que os empeñais en interpretar de una manera ridícula.

—Mucho mas tendria yo aún que deciros para demostraros que acada paso buscáis un efugio para huir de una dificultad invencible.

—Y en una palabra, ¿creeis que nosotros no reconocemos en la sociedad el derecho de no

admitir oficialmente un dogma ó un principio que pudiera serle pernicioso?

— Acabaremos de una vez. ¿Con que la sociedad, además de su razon, tiene el derecho de no admitir un principio que pudiera serle pernicioso, sin embargo, os atreveriais á asegurar que Dios, que ha hecho la sociedad y que ha dado á la sociedad la poca razon que posee, hubiera sido tan inconsecuente consigo mismo, que estableciese un principio subversivo de esta sociedad misma?

¿Y quién os ha dicho que el principio de la fatalidad es subversivo? Os vanagloriais acaso de conocer y de penetrar los inescrutables juicios de Dios?

— Yo me guardaria bien de abrigar una presuncion tan loca. Por eso al ver los hechos en apariencia injustos é ilógicos, de que antes hemos hablado, acuso á mi inteligencia, no á la injusticia ni á la sabiduria de Dios, y me digo á mí mismo: Esta desigualdad en el poder y en las facultades concedidas á las almas, para espresar sus sentimientos, afectos é ideas, lejos de ser, como pretenden los fatalistas, un principio ó una causa á que atribuyen ciertos efectos, no es otra cosa que la consecuencia de ciertas disposiciones desconocidas para nosotros, de la ley de orden que rige el universo, ley demasiada vasta para poder ser comprendida en todos sus detalles por nuestra débil y limitada inteligencia. Y rechazando bajo otro aspecto esta pretendida fatalidad, añado todavía: Todos nacemos con facultades designales, es cierto; pero tenemos pora remediar esta desigualdad el pro-

greso ó resultado de la aplicacion de nuestra voluntad en busca del bien. Si para sostener todavia aquellos principios, invocais en vuestro auxilio á los desgraciados que sufren males no merecidos á su juicio, ó á que realmente no se han hecho acreedores segun las ideas que nosotros tenemos de la justicia, á esto responderé humildemente: Hermanos, este misterio es igual al que nos oculta nuestro nacimiento, con la única diferencia de que ha despertado mas tarde nuestra curiosa atencion.

Esta argumentacion tan sencilla, tan al alcance de todas las inteligencias, puede suministrar nos otras respuestas mucho mas concluyentes y sábias contra los argumentos que se aducen en apoyo de la fatalidad, que es la creencia favorita de los que niegan la libertad, porque no quieren consagrarse al bien; el falso consuelo de los affigidos, que en vez de elevar sus ojos hácia el cielo para implorar su clemencia, prefieren fijarlos con orgullo, sobre la tierra, donde se consideran con suficiente importancia, para que Dios se haya entretenido en ofrecer al mundo en sus personas, un ejemplo de aberracion de su alta y sublime inteligencia. ¡Fuera fuera la fatalidad! Con ella no son compatibles los deberes; sin los deberes no hay reciprocidad ni amor entre los hombres, y sin amor no existe ya ese foco comun de la existencia, ese lazo que une la humanidad entera.

XVII. No tratemos, pues, de sustraernos á la obligacion de velar incesantemente por nosotros mismos y por nuestra naturaleza material, fundados en que nuestros afanes no conseguirán

acaso un resultado igualmente favorable y útil. El mas grave de los desórdenes físicos puede ser un accidente pasajero si con oportunidad se le aplica el remedio, así como el desorden moral mas leve é insignificante en apariencia, puede producir un mal incurable si no se procura atacarlo y combatirlo desde el primer instante en que principien á manifestarse sus efectos.

XVIII. En fin, sin exagerar aquí la belleza de las formas corporales, sin tomar por base estas mismas formas para la apreciacion moral de los individuos, como lo hicieron los antiguos, y sin atribuir esclusiva mente al estado de salud de los órganos una influencia que, como vemos mas adelante, proviene tambien de nuestras fuerzas intelectuales, recordaremos en este lugar, como una verdad bien trivial y conocida, que la forma exterior es lo primero que en nosotros se nota, y que segun esta forma produce un efecto mas ó menos agradable, es mas ó menos favorable la disposicion de los ánimos respecto de nosotros mismos. Importa, pues, así por este como por otros motivos, el que esta forma no se deteriore por falta de cuidados de nuestra parte.

XIX. El deber de los padres de las familias con respecto á sus hijos es en este punto el mas lato y el mas general posible; porque consiste en armonizar completamente el desarrollo de las facultades físicas con las exigencias de la moral y la perfeccion de las facultades intelectuales.

Desde el momento en que nace un hijo debe su padre llamar toda la atencion del médico sobre su conformacion física, del mismo modo que

mas tarde llamará la atencion del preceptor sobre sus inclinaciones morales.

Cuando el niño haya salvado la edad primera, cuando su entendimiento haya principiado á elevar las cosas puramente materiales al terreno de lo espiritual, cuando su conciencia le revele las primeras ideas del bien y del mal moral, el padre no debe dejarse llevar de un orgullo immoderado, constituyéndose en gu a de una inteligencia que cree emanada de la suya, é imitando al pedagogo vulgar que descuida siempre la parte material, es decir, los órganos de esta misma inteligencia. Es de cuidadosamente sus instintos para dirigirlos, porque el bien y el mal físico dirigidos por la inteligencia pueden producir el bien y el mal moral. Haga que los miembros ágiles y vigorosos en cuanto permite su conformacion particular, practiquen sin inconveniente alguno todas aquellas funciones regulares y ordinarias de que son susceptibles; y que el temperamento, fortificado por el asiduo estudio de sus verdaderas exigencias, se permita todo aquello que pueda permitirse.

El niño por su parte, una vez llegado á la adolescencia, jóven despues, y mas tarde hombre hecho, debe cuidar mucho de esa salud cuyo valor no se conoce hasta que se la ha perdido. Para conseguirlo deberá no usar de nada con exceso, evitando al mismo tiempo el estremo opuesto que consiste en una exagerada prudencia. No hay peor enfermedad que esas ridiculeces denominadas higiénicas, á que se ciñen estrictamente los que se empeñan en no tener frio ni calor, sino cuando lo señala el termómetro, que viven

sin cesar con la aprension de un mal estar imaginario, y que no se permiten un poco de alegria sino cuando el médico la receta como un remedio o extraordinario.

No quisieramos que estas sencillas amonestaciones escitaran en algunos la risa del desprecio: nada se debe desatender ni descuidar siempre que mas ó menos directamente pueda facilitar al hombre el cumplimiento de sus destino-providenciales.

Por lo demas no tratamos de escribir aquí un curso de higiene. Lo dicho no tiene mas objeto que el de indicarla importancia de ciertos detalles que se consideran de ordinario como extraños á los deberes. La vanidad, y es ó no debiera nunca perderse de vista, aísla al hombre moral del hombre físico, de suerte que ella no vé la menor relacion entre unas manos asquerosamente sucias y una inteligencia mal ordenada. La buena razon no incurre nunca en semejantes errores. Sabed que el hombre es una sola unidad en todos sus detalles que no se realiza la mas insignificante de sus acciones sin que su entendimiento y su raciocinio tengan intervencion en él; y que si bien no encuentra dificultad alguna en deducir consecuencias de principios claros y sencillos, su espíritu se ofuscará necesariamente cuando haya de elevarse al exámen de principios mas abstractos, cuyas consecuencias son menos claras y conocidas.

XX. Habrán observado nuestros lectores que no hemos tratado todavía del primero y principal entre todos los deberes que nos impone nuestra existencia en cuanto hombres, y es el de con-

servar nuestro cuerpo, esa envoltura material de nuestra alma, no tan solo en el estado de salud mejor posible, sino aun en el estado de vida. Hay sin embargo cosas tan triviales y sencillas, tan evidentes é incontestables, que siempre y en cualquier caso y lugar es oportuna la ocasion de recordarlas.

Seria sobradamente largo y prolijo el esponer aquí esa gran ley de la naturaleza, segun la cual los seres creados se toman mutuamente aquello que les es necesario para su conservacion propia.

Nos limitaremos á observar que mientras mas elevados son los seres en el órden de la creacion, exige mayor actividad de parte suya la ejecucion de esta ley de conservacion. Así, la ostra pegada á su roca bajo las aguas del mar no necesita para mantenerse sino abrir sus groseras escamas: mientras que el hombre que resume en sí todos los demas seres creados, necesita mayores cuidados para con ellos, que cada uno de los demas en particular. Esta actividad y estos cuidados constituyen el trabajo que mas adelante encontraremos como condicion moral del hombre despues de haberlo considerado ya como condicion de su existencia física, y que consideraremos tamben bajo el doble aspecto de derecho y de deber social, despues de haberlo examinado bajo el punto de vista de un simple deber privado.

XXI. Reasumiendo cuanto hemos espuesto sobre los deberes del hombre con relacion á su naturaleza física, no deberemos deducir de las doctrinas emitidas aun concediendo su exactitud en cuanto dejamos dicho sobre los órganos,

sobre el alma y sobre los instintos que atribuimos una importancia principal y absoluta al estado de salud de los órganos considerados en sus relaciones con el ejercicio de las facultades morales, si ellos influyen, con afecto, en las manifestaciones de nuestra alma, el alma ejerce á su vez sobre ellos una accion tanto mas poderosa cuanto que dispone de las ideas ó puntos de comparacion que no concibe por mediacion suya, acaso porque Dios se los ha concedido enteramente formulados al enviarla á este mundo, ó porque la haya dotado de capacidad suficiente para formularlos por medio de la reflexion y el estudio, lo cual nos parece mas probable. Sabido es que la fisonomia, los hábitos corporales y la actividad de los sentidos se modifican y alteran en una misma persona segun la mayor ó menor elevacion de las ideas que ocupan habitualmente su espíritu.

Es verdad que no habiéndose formado todos los órganos para desempeñar un mismo oficio, todos parecen igualmente sometidos á la accion del alma; pero esta accion no es por eso menos real y conocida, y estamos seguros de que esceptuando algunos pocos casos sujetos á la discusion y al exámen, nadie se atreverá á negar que la parte moral del hombre domina la parte fisica, y aumenta ó disminuye el poder y las facultades de ésta.

Estudiemos, pues, al hombre en su naturaleza espiritual, y de este modo acabaremos de conocer su naturaleza material. Initemos en esta parte á los médicos hábiles, en quienes reside el íntimo convencimiento de que lo que prac-

tican es mas que un arte, es la mas importante de todas las ciencias filosóficas.

XXII. Ya hemos dicho que la salud constituye el bien físico, del mismo modo que la felicidad constituye el bien moral.

XXIII. Si, pues la salud, tal como razonablemente se la entiende, admite la coexistencia de algunos trastornos materiales y de alteraciones pasajeras, tambien la felicidad admite la coexistencia de algunas perturbaciones y sufrimientos que la anublan, siempre que estas perturbaciones no entristezcan nuestra alma hasta el punto de impedirle que saboree las emociones y consuelos que produce el convencimiento íntimo de haber llenado completamente sus deberes.

En cuanto á la definicion de la felicidad, es mucha la discordancia de pareceres. "La felicidad, dirá alguno envidiando á sus vecinos, vedla allí: salud, fortuna y gloria cuanta sea menester." Otros opinan por el contrario, que "la felicidad es el momento que en que nuestras pasiones se ven completamente satisfechas."

Y sin embargo, la felicidad no es desconocida ni sobre el lecho del paralítico, ni bajo los harapos de la miseria; en tanto que la gloria ha sido mil veces infortunada á pesar del estrépito que resonaba en derredor de ella. Por lo que respecta á las pasiones, no debemos olvidar que muchas de ellas, sin carácter alguno de nobleza, son unos aturdimientos pasajeros: que muy pocos, logren ó no una satisfaccion completa, ó se estinguen sin dejar en pos de sí sinsabores y amargas; y que ninguna concede al hom-

bre mientras está poseído de ella, la tranquilidad y la calma necesaria para ser sensible á los dulces encantos del bien, ora haciéndole, ora recibéndole.

No, no: Dios no ha podido asentar sus leyes sobre bases tan mal seguras y tan efímeras: y pues quiere que todos podamos aspirar igualmente á la dicha y disfrutar de ella, es preciso que nuestra conciencia sola sea bastante á procurárnosla.

La felicidad, que no debe confundirse con el placer, consiste en la conciencia íntima del cumplimiento de nuestros deberes.

Véase, pues, cómo el deber no es una ley tan severa y tan fría como han querido representar la los que no se han tomado la molestia de descubrir el verdadero sentido de esta palabra.

XXIV. El bien moral no se produce jamás sin que haya voluntad de nuestra parte. Sobre esta voluntad influyen principalmente dos cosas: el carácter y el raciocinio.

Con la existencia traemos todos al mundo cierta disposición particular para sentir y para juzgar de las cosas que nos rodean: unos se afectan vivamente por todo, mientras otros apenas se impresionan en igualdad de circunstancias: los hay más sensibles al parecer que á la pena, y al contrario; y no falta quien sea completamente frío é indiferente para todo.

Estas varias disposiciones, y muchas otras que no nos detendremos á enumerar, constituyen lo que se llama el carácter de los individuos.

El raciocinio nos preserva de los errores en que pudiéramos incurrir, obedeciendo al impul-

so ciego del carácter. Por esta causa nos importa mucho estudiar el fuerte y el flaco de carácter para juzgar en qué sentido nos conviene corregir ó enmendar el nuestro, y á este fin debemos aplicar cuidadosamente toda la fuerza de nuestro raciocinio.

XXV. Pueden determinarse con bastante precisión los principales puntos de semejanza entre los varios caracteres de que se hallan dotados los hombres.

Como la voluntad es el medio que ha concedido Dios al hombre para ejercer su libertad, es al mismo tiempo el atributo principal de su inteligencia, solo tomándola por base y estudiando sus diferentes aplicaciones á los actos de nuestra individualidad, podremos llegar á una clasificación algo lógica de los caracteres.

Podemos, pues, dividir estos últimos en dos grandes clases: la de los caracteres llamados de *concesion*, y la de los caracteres de *resistencia*. Los caracteres de concesion, cuando participan algún tanto de las cualidades propias á los de resistencia, son en extremo agradables; los caracteres de resistencia un tanto templados por el espíritu de concesion, son menos agradables, pero muy seguros: por otra parte, solo ellos pueden aspirar á la elevación y á la grandeza. Los primeros pueden subdividirse en *temerosos*, *débiles é irresolutos*; los segundos, en *firmes*, *voluntariosos*, y *obstinados*. Cada uno de ellos puede manifestar una predisposición particular al bien ó al mal, y considerar todas las cosas bajo el aspecto triste ó alegre, con otras varias modificaciones, que no pueden constituir nunca un

carácter de un valor verdadero y marcado. En todos ellos puede desenvolverse la sensibilidad hasta el mismo punto; pero en los *temerosos*, en los *débiles* y en los *irresolutos*, parece esta sensibilidad mas delicada, al paso que se manifiesta mas profunda en los *firmes*, *voluntariosos* y *obstinados*. Su mismo exceso la hace degenerar, para los unos en misticismo, para los otros en un sámbrio sentimentalismo. Como el fanatismo es la conviccion exagerada de una opinion, y la conviccion mas exagerada todavia del derecho de propalar y sostener esta opinion, viene á ser generalmente el escollo de los fuertes y de los débiles; pero mas todavia de estos últimos, porque es de observar que cuanto menos poder alcanza un individuo, tanto mayor es su afán y su anhelo de ejercerlo: no parece sino que cada individuo ha recibido una dosis igual de amor propio, y que necesita emplearla de una ó de otra manera. Los sentimientos fuertes ó las pasiones son comunes á todos los caractéres; pero su manifestacion varia segun la naturaleza de ellos; asi un hombre débil podrá amar en ciertos momentos con tanta vehemencia como un hombre fuerte, pero este amor no durará tanto tiempo. Los movimientos repentinos é impetuosos del alma, como la bravura, el espanto, el horror &c., se hallan de la misma manera en todos los individuos: pero tienen, segun el carácter de cada uno, consecuencias mas ó menos trascendentales, efectos mas ó menos duraderos.

XXVI. Estas distinciones y clasificaciones, por incompletas que sean, bastan para ponernos en el camino de un estudio sério y profundo, y

para indicar á cada uno la manera como debe modificar su propio carácter, á fin de estraviarse todo lo menos posible del terreno de la verdad y de la razon.

Esta interesante parte de la educacion moral se halla generalmente muy descuidada. En las escuelas se cree haber hecho lo bastante cuando se formulan sobre este punto unos cuantos preceptos generales.

XXVII. No hay empresa tan difícil en el mundo como la reforma de carácter; no es sin embargo, imposible: solo el tenerla y el perseverar en esta tentacion, aun cuando no se obtenga un éxito completo, produce ya tan excelentes resultados, que deberia uno aplicarse á este trabajo, siquiera por egoismo. ¿No es cierto que cuando tenemos á un hombre por colérico ó desconfiado, apreciamos estraordinariamente la violencia que hace á su carácter en favor nuestro ó la confianza que se decide á depositar en nosotros? Y al mismo tiempo, ¿no es cierto que entre todas las excusas que oimos y recibimos, la menos aceptable y satisfactoria para nosotros es la que se funda en la naturaleza de carácter?

De las dos dificultades principales que nos ofrece la reforma de carácter, la primera se encuentra en las personas que nos rodean y toman á su cargo el dirigirnos, la segunda en nosotros mismos.

Nuestros preceptores, (porque sobre este punto los tenemos todos y desde el momento en que se reunen dos hombres, pretenden darse leccio-

nes uno á otro); nuestros preceptores, repetimos, quieren por regla general corregir nuestro carácter, haciéndonos pasar momentáneamente de un extremo á otro, porque cuando no se trata de sí mismos, desconocen de todo punto el gran arte de las transiciones: así es que se empeñan en que demos de un solo golpe la vuelta entera.

A nosotros nos sucede precisamente lo contrario; muy rara vez conseguimos aislarnos y abstraernos de aquello que nos rodea, de modo que podamos observarnos con imparcialidad completa, y estudiar con detencion si nuestra manera de ser es la que conviene á los demas, y no la que satisface esclusivamente á nuestro egoismo.

Tras estas vienen en seguida otras dificultades nacidas de la edad, del sexo ó de la posicion particular del individuo, sin hacer mencion de otras muchas que proceden de causas filosóficas, en las cuales no fijan su atención muchos pensadores, constantemente preocupados por una vanidad filosófica. Un niño juzga de todo por el sentimiento, y este sentimiento no es otra cosa que la sensibilidad delicada de sus primeros años, espuesta siempre á los peligros del error. Un anciano, por el contrario, cree que ha adquirido en todo profundas convicciones, cuando no suele haber contraido mas que ridículas preocupaciones, á las cuales ajusta su raciocinio. La muger se enardece y apasiona mientras el hombre se enorgullece y se hace cada vez mas rígido; y lo que para el pobre es una simple desconfianza, se convierte en inquietud y recelo para el rico. La cólera y la timidez

son tan naturales al débil, como la paciencia y la firme osadía al hombre que se encuentra en estado de salud y robustez.

Como estas varias disposicioues diversamente combinadas modifican hasta lo infinito las especies de caracteres que hemos derivado de los dos principios de *concesion* y de *resistencia*, importa mucho estudiarlas cuando trabajemos en la reforma de nuestro carácter, so pena de que en otro caso no tengan nuestros esfuerzos otro resultado que el de una inutilidad completa.

Es un hermoso papel, sin duda, el que representa entre nosotros un preceptor de moral; pero no se debe exagerar su importancia, porque no es tan complicado y difícil. Lo que es verdaderamente difícil, verdaderamente hermoso, lo que lleva impreso el sello de la mas completa magnificencia, lo que ofrece el espectáculo mas sublime, mas digno de presentarse como un gran modelo á la admiracion del hombre y constituye el mayor homenaje que puede tributar la libertad humana á la Omnipotencia Divina, es el hombre analizándose á sí mismo, examinando lo que en él halla de bueno y de menos bueno, perfeccionando aquello, corrigiendo esto y no cometiendo el mal, si acaso lo comete, sino por inadvertencia y como una especie de involuntario tributo pagado á la debilidad de su naturaleza.

XXVIII. Pues bien: aun sin elevarnos á tanta altura, comprendamos de una vez que nuestra felicidad de todos los dias estriba principalmente en la direccion que demos á nuestro carácter. Cuanto mas adelanta el hombre



en su carrera de la vida, tanto mejor conoce al fin, con harto arrepentimiento suyo, que por haber faltado al deber de observarse á sí mismo y de arreglar los actos de su vida, ha convertido las fuentes del placer y de la alegría en manantiales perennes de tristeza, la amistad en indiferencia, y el reposo en una lucha incesante. Esto se hará todavía mas sensible cuando tratemos de los deberes sociales.

XXIX. Antes de continuar la veloz corrida que hemos comenzado sobre un campo cuya superficie apenas está movida, á pesar de que hace mucho tiempo que el arado lo cruza en todas direcciones, detengámonos un momento para tratar de dos cosas que se disputan en la metafísica el papel principal en los destinos de la humanidad: el corazon y la cabeza.

Si la idea que despierta nuestra atencion nos conmueve y agita dulcemente, si el pensamiento que ésta trae en pos de sí es tierno y generoso, se le hace al corazon el honor de haber percibido esta idea y formulado este pensamiento. Si por el contrario, aquella idea nos hace reflexionar sin conmovernos, y parece abrir á nuestra inteligencia una nueva esfera de poder; si el pensamiento que de ella resulta, menos tierno, pero mas vivo y mas profundo que el primero, tiene la pretension de atender mas bien á la realidad positiva que al vuelo acalorado de la fantasía; entonces se atribuye su origen no al corazon, sino á la cabeza. La cabeza y el corazon son los dos puntos sobre que ha habido mas frecuentes disputas: los positivos han abogado siempre por la primera: los pen-

sativos y meditabundos han defendido constantemente la segunda.

En otra ocasion hemos propuesto la solucion siguiente: la cabeza piensa y raciocina: el corazon siente é inspira: esta antigua fórmula no tiene una exactitud rigurosa, pero detalla con cierta precision las funciones de cada uno.

Raciocinar es pensar el mérito de las cosas: sentir no es otra cosa que recibir una impresion ó impulso determinado. Raciocinar es el atributo de la inteligencia, sentir (la confesion es terrible, pero forzosa) puede ser un atributo del instinto, lo mismo que de la inteligencia. Por consiguiente, un hombre de cabeza es mejor que un hombre de corazon; pero el hombre no es completo sino cuando siente á la vez la influencia del corazon y de la cabeza.

Debemos tener muy presente la advertencia que antes hicimos cuando tocamos una cuestion, que en último resultado no tiene mas objeto que el preferir una de dos cosas igualmente buenas en sí mismas. Acaso nos inclinariamos á preferir aquí el corazon por ser el que inspira las terminaciones, si no recordásemos que los argumentos en que pudiera apoyarse esta preferencia, se han discutido al esponer las dos grandes divisiones de concesion y de resistencia, en que hemos clasificado los caractéres.

XXX. No sin motivo hemos presentado el carácter como el elemento que mas influye en el valor de los actos de la voluntad, no concediendo en esta parte al raciocinio sino el segundo papel. Se vé, se siente de cierta manera particular: este es el carácter; despues se juzga so-

bre este modo de ver y de sentir: hé aquí el raciocinio.

Importa mucho no confundir la razon con el raciocinio: éste no es mas que el instrumento de aquella, instrumento delicado y que falsea muchas veces una voluntad mal dirigida, produciendo por medio de él resultados fatales. Así la *razon* dice á todos los hombres, que su inteligencia es de un orden mas elevado que la de los demas séres; y sin embargo, el *raciocinio* ha llevado algunos entendimientos hasta el estremo de poner en duda esta superioridad.

No hay mas que un medio de prevenirse contra estos errores, y este medio es la instruccion: cuanto mas sabemos, mayor es el número de puntos de comparacion con que podemos contar para establecer y afirmar un juicio, y entonces estamos mas seguros de acercarnos á la verdad.

XXXI. Culpable y ridícula paradoja es la que han asentado ciertas personas cuando han dicho que valemos menos para los demas y para nosotros mismos, á proporcion que raciocinamos mas y procuramos conocer y estudiar nuestras acciones y el móvil de nuestras determinaciones. ¿Por qué, pues, si la instruccion es una cosa tan funesta, ha puesto Dios en nosotros ese ardiente é inestinguible deseo de aprender? ¿Por qué nos ha dotado de una inteligencia que no se desarrolla sino á medida que se aumenta la suma de nuestros conocimientos? ¿Por qué no se revela en toda su sublimidad sino al hombre infatigable que estudia y penetra en los secretos de la creacion? ¿Acaso el entendimien-

to humano, tan poderoso hoy dia, como que ha sido vivificado por abundantes raudales de luz nos hace lamentar aquellos tiempos en que apenas delectaba las primeras palabras de todas las ciencias? ¿Acaso en esos tiempos antiguos, cuando el hambre ó la lepra despoblaban á porfia paises enteros, en que grandes y pequeños, pobres y ricos, yacian sumidos en la mas completa ignorancia, se vieron aparecer mayores virtudes que hoy dia, en que la instruccion mas generalmente difundida ha multiplicado los recursos, ha elevado los entendimientos, ha creado el verdadero bien, ha dulcificado las costumbres y ha conjurado todos los males vivificando la caridad, haciendo adorar á Dios y acercándolo mas y mas á esa humanidad tan engrandecida, tan fuerte, tan unida por los vínculos de la fraternidad? No, ciertamente: por el contrario, cuanto mas se sabe, mejor se aprecian las cosas de la tierra, mas profundo y mas vivo es el sentimiento de religioso amor que cada uno profesa á sus semejantes, y á Dios como padre comun de todos, y mas respeta cada cual en sí mismo su dignidad de hombre. No es cierto que Dios prefiera el homenaje del ignorante al del hombre instruido: uno y otro le son igualmente aceptables cuando la ignorancia es involuntaria; pero cuando es voluntaria, Dios rechaza un homenaje que no es mas que una falsa hipocresía, con la cual se pretende disimular una loca rebelion contra la ley del trabajo, sancion de la ley de reciprocidad que une á todos los séres.

XXXII. Aunque el trabajo es una condicion igualmente necesaria para la existencia